

Frantz Fanon: Originalidad dinámica versus imposición cultural

Jutta Schmitt

CEAA / CEPESAL

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

MÉRIDA, VENEZUELA

jutta@aktionspotenzial.de

Resumen

Este artículo versa sobre la *originalidad* de la Revolución Bolivariana en Venezuela a la luz de la imposición cultural, fenómeno que ha acompañado el proceso de la expansión capitalista europea desde la colonización hasta la globalización y que ha sido analizado por el médico psiquiatra, político y revolucionario afro-caribeño Frantz Fanon. Además explora qué sentido y qué contenido puede y debe tener el recurso a “lo propio” o “lo nuestro” como arma en la lucha por un mundo diferente, en plena era de la globalización.

Palabras clave: Originalidad, identidad cultural, imposición cultural, alienación humana, deshumanización, inconsciente colectivo, colonialismo, globalización, movimiento antiglobalización, Revolución Bolivariana.

Frantz Fanon: Dynamic Originality vs. Cultural Imposition

Abstract

This article is about the so called “originality” of the Bolivarian Revolution in Venezuela. This concept is examined in the light of cultural imposition, a phenomenon that has accompanied the process of European capitalist expansion from colonization to globalization and which has been analysed by the African-Caribbean author, psychiatrist, politician and revolutionary, Frantz Fanon. The author furthermore examines, what sense and what content the recourse to concepts like ‘our own’ or ‘our very own’ could and should have, if used as a weapon in the struggle for a better world in the era of globalization.

Key words: Originality, cultural identity, cultural imposition, human alienation, dehumanization, collective unconsciousness, colonialism, globalisation, anti-globalization movement, Bolivarian Revolution.

Recibido: 05-11-07 / Aceptado: 15-11-07

*No nos convertimos en lo que somos sino mediante la
negación íntima y radical de lo que han hecho de nosotros.
Jean Paul Sartre*

Introducción

Frente a la demoledora globalización del capitalismo se están levantando nuevamente las banderas de un “otro mundo” posible. Ante su mil veces demostrada incapacidad de resolver los grandes problemas que ha acarreado a la humanidad surge una nueva esperanza junto a un modelo de sociedad diferente que aspira acabar con las eternas guerras genocidas por recursos y mercados, con las crisis perversas de sobreproducción y acumulación, con la destrucción despiadada del medio ambiente y con la pauperización acelerada de la mayoría de los habitantes de este planeta que tanto contrasta con el enriquecimiento grotesco de una cada vez más pequeña élite global.

En los primeros años de este nuevo siglo hemos sido testigos del resurgimiento de ideas libertadoras y esfuerzos de emancipación que se dirigen en contra del sistema capitalista y que abogan por crear una sociedad verdaderamente humana y humanizada, que no destruya su entorno natural ni explote a la fuerza de trabajo de una parte de sus integrantes, agotando su energía de vida y degradándolos a un estatus sub-humano.

Las propuestas alternativas que se contraponen al capitalismo globalizado son diversas y se expresan en una vasta gama de iniciativas ciudadanas y movimientos sociales que se han activado a nivel mundial, tales como el movimiento ATTAC, el movimiento ecologista, el movimiento de las mujeres, el movimiento por la paz, y en nuestras latitudes el movimiento Zapatista, el movimiento de los Sin Tierra, los movimientos guerrilleros y los movimientos de los pueblos indígenas que luchan por sus derechos de mantener y desarrollar sus formas de vida, cultura y organización social, para nombrar sólo algunos. Todos convergen de alguna manera en el “movimiento antiglobalización” que se debate entre la ilusión de poder rescatar un sistema en crisis estructural mediante reformas sociales con una “justa distribución de la riqueza” y la ruptura abierta con el capitalismo global; es decir, que no termina de decidirse entre reforma o revolución.

Sin embargo, existen experimentos concretos que pretenden trascender los límites del capitalismo real existente y construir un nuevo modelo de sociedad basado en una democracia participativa y protagónica

y enarbolando la bandera del Socialismo del siglo XXI, como es el caso, al menos así lo veo yo, de la Revolución Bolivariana en Venezuela.

Este intento audaz de crear un nuevo modelo de sociedad destaca sobre todo por dos aspectos centrales: En primer lugar, trata de establecer nuevos paradigmas de convivencia entre los pueblos latinoamericanos como la amistad, la solidaridad y la reciprocidad en el plano político, y la sustentabilidad y complementareidad en el plano económico, en la búsqueda de una verdadera integración latinoamericana en consonancia con los planteamientos de Simón Bolívar; principios presentes en la Alternativa Bolivariana para América Latina y el Caribe. En segundo lugar, reclama y exige como método orientador la *originalidad* en las propuestas, acorde con el famoso lema del maestro de Bolívar, Simón Rodríguez: “o inventamos, o erramos”.

Se reclama ser original en el sentido de recurrir a ideas, conceptos y pensamientos *proprios* emanados de las experiencias vividas, para evitar que la nueva sociedad que se pretende construir sea copia de otros experimentos fracasados. Concretamente, detrás del rechazo de copiar “modelos foráneos” está el rechazo del “socialismo real” del siglo XX, que aseveró ser edificado sobre los postulados del marxismo, y al que la Revolución Bolivariana contrapone sus propios postulados surgidos del “árbol de las tres raíces”: Bolívar – Rodríguez – Zamora, alimentados por un “legado socialista” proveniente del cristianismo y también de las formas de organización social de los pueblos originarios del continente americano. Aún cuando no se descartan del todo las enseñanzas del socialismo científico, se priorizan, en primer lugar, las de los héroes de la propia historia: Simón Bolívar con su visión de la unión latinoamericana o “patria grande”, Simón Rodríguez con su llamado a la originalidad y Ezequiel Zamora con su visión de “tierras y hombres libres”.

La insistencia de rescatar ideas, conceptos y pensamientos *proprios*, emanados de los esfuerzos de liberación y emancipación que datan de los siglos pasados y que todavía están a la espera de su plena realización, parece coincidir con el llamado del autor, médico psiquiatra, político y revolucionario afro-caribeño Frantz Fanon, quien, en su conocida obra *Los condenados de la tierra*, plantea que los pueblos colonizados en su proceso de liberación deben esforzarse en encontrar sus propios caminos, valores, métodos y estilos en su lucha por la liberación nacional y la emancipación humana. Fanon recomienda desistir de orientarse con modelos de sociedad definidos por hombres de otros continentes y otras épocas y urge a que los pueblos que conforman el Tercer Mundo, o la

Humania del Sur, dejen de mirarse en el espejo de Occidente, esto es, que dejen de definirse en los términos y valores de Occidente (Fanon, 1963).

Sin embargo, y considerando que todo el proceso histórico de la expansión del capitalismo europeo desde sus inicios con el “descubrimiento” y la colonización hasta la globalización de nuestros días ha sido marcado por lo que el mismo Fanon llama la *imposición cultural*, esto es, la imposición violenta y asimilación e interiorización forzosa de los “valores” y parámetros de Occidente en todos los rincones del planeta, cabe preguntarse qué sentido y qué contenido puede y debe tener el recurso a “lo propio” o a “lo nuestro” como arma en la lucha por un mundo diferente. En otras palabras, ante la creciente y acelerada homogeneización (y con ello desaparición) de las identidades culturales y nacionales a escala mundial, producto de la globalización del capitalismo y de su penetración aplastante en todos los ámbitos de la vida humana, resulta altamente problemático el planteamiento de recurrir a “lo propio” como medio de combate en la lucha contra este mismo sistema y por un modelo de sociedad alternativo.

Este planteamiento arroja una serie de interrogantes, relacionadas entre sí: Primero y presuponiendo que el concepto de “lo propio” y “lo nuestro” se refiere a una identidad cultural o nacional, ¿en qué momento histórico se da, se forja o se deja identificar una determinada identidad cultural o nacional? Segundo, ¿cómo se define “lo propio” o “lo nuestro” en relación a aquellos pueblos que precisamente han sufrido la imposición cultural de Occidente mediante la colonización, el imperialismo y el neocolonialismo y que han perdido su identidad cultural e inclusive nacional? Tercero, ¿qué quiere decir “lo propio” o “lo nuestro” desde un punto de vista clasista? En un mundo caracterizado por la existencia de una sociedad de clases antagónicamente opuestas en la que la prosperidad de una presupone la miseria de la otra, ¿qué es lo que se entiende bajo los conceptos “lo propio” o “lo nuestro”? ¿Qué clase social define estos conceptos y con qué contenido? Finalmente y como síntesis de las interrogantes anteriores, ¿qué es lo que se puede definir razonablemente como “lo propio” en la era del capitalismo globalizado, y qué función tendrá que desempeñar en la construcción de la tan anhelada nueva sociedad? Aquí no podemos sino esbozar una aproximación a las posibles respuestas a estas interrogantes con la ayuda de dos conceptos de Frantz Fanon, que son la *imposición cultural* y la *alienación humana o deshumanización*.

Imposición cultural y alienación humana: ¿legado imborrable del colonialismo?

En cuanto a la primera interrogante, dado el impacto literalmente mortal y la irreversibilidad absoluta que ha significado el “descubrimiento” para la vida y continuidad en el tiempo de las civilizaciones no-europeas, es lógico establecer la época precolonial como punto de referencia más plausible en cuanto a la identidad cultural originaria. El contacto traumático con Europa constituyó el inciso más brutal en la historia de los pueblos americanos, africanos y asiáticos en tanto rompió con sus propios procesos históricos, económico-sociales y culturales y les impuso un modo de producción y organización social completamente foráneo, consecuencia de la expansión del emergente capitalismo europeo y de la conformación del mercado mundial mediante el “descubrimiento”, la colonización, cristianización, militarización e inserción forzada de las regiones “descubiertas” a la división internacional del trabajo.

Entre los pensadores del Tercer Mundo o *Humania del Sur*, quienes en su lucha contra el colonialismo e imperialismo tomaron por referencia las sociedades precoloniales con sus valores de hermandad y solidaridad, figura el luchador y escritor afro caribeño Aimé Césaire, político eminente de Martinica y maestro-amigo de Frantz Fanon con gran influencia sobre éste, quien expresó su rechazo rotundo a la civilización europea y su caracterización de las sociedades precoloniales de la manera siguiente:

Mi causa es la ilimitada apología de las civilizaciones no-europeas. Cada día que pasa, cada violación del derecho, cada acción policial brutal, cada demanda trabajadora ahogada en sangre, cada escándalo suprimido, cada expedición punitiva, cada vehículo policial, cada hombre policía y cada soldado-milicia nos hace sentir el valor de nuestras antiguas sociedades. Eran sociedades que funcionaban por el bien de todos y no por el bien de algunos a costa de los demás. Eran sociedades no sólo, como dicen, precapitalistas, sino también anticapitalistas. Eran sociedades siempre democráticas. Eran sociedades de cooperación y de hermandad. (Césaire, 1968: 24,25 nuestra traducción-nt)

Otro punto de referencia perfectamente razonable para tratar de establecer el comienzo de una identidad, ya no tanto cultural sino más bien nacional, son las guerras de liberación anticoloniales en las que la

noción de “lo nuestro” o “lo propio” de los pueblos colonizados se ha ido forjando al calor de la lucha contra los poderes coloniales, a lo cual el mismo libertador Simón Bolívar, en su *Discurso ante el Congreso de Angostura*, señaló lo problemático que fue, en el caso de América Latina, encontrar un denominador común o una identidad inequívoca tanto “racial” como de intereses, entre quienes libraron las guerras anticoloniales:

Nosotros ni aún conservamos los vestigios de lo que fue en otro tiempo: no somos Europeos, no somos Indios, sino una especie media entre los Aborígenes y los Españoles. Americanos por nacimiento y Europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores; así nuestro caso es el más extraordinario y complicado. (Bolívar, 2007: 59)

Entre la identidad originaria-cultural de las civilizaciones precoloniales y la identidad “secundaria-nacional” de los pueblos colonizados, forjada en las guerras de liberación anticolonial, se extendió un largo período de una imposición cultural implacable por medio de la colonización que trajo como consecuencia el desarraigo, la despersonalización, deshumanización y alienación total del colonizado, fenómenos descritos y analizados por Frantz Fanon en obras como *Piel negra, máscaras blancas*, *Año V de la Revolución argelina*, *Por la revolución africana*, y *Los condenados de la tierra*.

Entrando ya en materia de nuestra segunda interrogante, Fanon explica en sus escritos la dicotomía del mundo colonial y su impacto sobre la psiquis tanto del colonizado como del colonizador; un mundo caracterizado por la explotación económica sin misericordia, la dominación política, la discriminación social en forma del racismo abierto, y la imposición forzada de la cultura de una civilización ajena, lo que causa un conflicto cultural y una profunda crisis de identidad en el colonizado. En su condición de médico psiquiatra, Fanon siempre confiere la importancia primordial a la dimensión socio-psicológica del fenómeno colonial. La imposición forzada de la cultura del colonizador, transmitida incesantemente por las instituciones de la educación colonial y los medios de comunicación existentes, obliga inevitablemente al colonizado a adoptarla y a la vez choca violentamente con las normas, tradiciones y los valores autóctonos del colonizado que se siguen

conservando en el seno de su familia por medio de los usos, costumbres y de la educación familiar. Al mismo tiempo, el colonizador le niega cualquier valor al colonizado, le priva de cualquier valor. El resultado psico-social de esta imposición cultural es que el colonizado se encuentra en un estado mental de inseguridad y angustia permanente que es compensado por mecanismos de defensa psicológicos, como lo son la sobre-adaptación y el complejo de inferioridad ante la “raza” blanca del colonizador europeo, con lo cual el colonizado interioriza el racismo europeo y lo dirige en contra de sí mismo, lo que puede desembocar en un odio a sí mismo.

El mundo colonial es un mundo maniqueo. No le basta al colono limitar físicamente, es decir, con ayuda de su policía y de sus gendarmes, el espacio del colonizado. Como para ilustrar el carácter totalitario de la explotación colonial, el colono hace del colonizado una especie de quintaesencia del mal. [...] No le basta al colono afirmar que los valores han abandonado o, mejor aún, no han habitado jamás el mundo colonizado. El indígena es declarado impermeable a la ética; ausencia de valores, pero también negación de los valores. Es [...] el enemigo de los valores. En este sentido, es el mal absoluto. (Fanon, 1963: 36)

Es así como el colonizado está sujeto a la despersonalización y deshumanización constante y se convierte en un ser alienado, siendo el concepto de la *alienación* una de las categorías centrales en los análisis de Fanon, quien insiste en que no se puede efectuar un análisis de los procesos de colonización y descolonización sin tomar en cuenta la parte psicológica: la conciencia, el subconsciente y los mecanismos psicológicos de adaptación y compensación que operan en el colonizado, causados por el proceso violento de la colonización e imposición cultural. Advierte que de no hacerlo, cualquier análisis se desvirtuará y caerá en los estereotipos racistas y paternalistas diseminados por los propios colonizadores.

Aún cuando las experiencias propias de Fanon con el colonialismo y la lucha de liberación nacional se limitan al colonialismo francés y a la guerra de liberación argelina, y por tanto, sus análisis del racismo están exclusivamente relacionados al caso del Caribe y de la Francia colonial, contienen verdades generalizables ya que las diferentes expresiones específicas que puedan haber de la alienación del colonizado,

tienen una raíz común que es la alienación económica como elemento constitutivo de todas las formas psicológicas de la alienación. A su vez, la alienación económica que se manifiesta en las dicotomías capitalista-proletario, ciudad-campo, países metropolitanos –países periféricos, desarrollo-subdesarrollo, es un producto del proceso histórico de la expansión del capitalismo europeo que ha generado de manera inevitable la explotación, desigualdad y miseria de la mayoría como parte complementaria del enriquecimiento y “bienestar” de una minoría.

La época histórica en que estas realidades se han impuesto de la manera más brutal y abierta sobre los pueblos no-europeos ha sido la del colonialismo, analizada por Fanon y retraída a la memoria aquí para advertir de su pesado legado psico-histórico que puede resultar ser un obstáculo a la hora de querer formular nuestros “propios” conceptos para construir un modelo de sociedad diferente. Este legado lo podemos definir como una especie de “inconsciente colectivo” de los pueblos del Tercer Mundo o *Humania del Sur*, que es en primer lugar el resultado de la colonización, y posteriormente del imperialismo y el neocolonialismo. En términos de Fanon, “el inconsciente colectivo... es nada más que la suma de prejuicios, mitos y actitudes colectivas de un grupo... el inconsciente colectivo es cultural, quiere decir, adquirido” (Fanon, 1967: 188 nt). Más preciso, “el inconsciente colectivo no depende de una heredabilidad cerebral; es el resultado de lo que voy a llamar la imposición no reflexionada de una cultura” (1967: 191 nt).

Dos polos antagónicos determinan lo que Fanon llama la “situación colonial”: el colonizador y el colonizado, o lo que es lo mismo, el opresor y el oprimido, el amo y el esclavo, el que viene “de afuera” y el habitante originario-indígena, el europeo blanco y el no-europeo de color. La riqueza y el estatus privilegiado del primero se basan en la explotación y la privación de derechos del último, y en un círculo perverso de interiorización de la situación colonial y del racismo, “ser humano” es equivalente a ser europeo, blanco y rico, y ser sub-humano es equivalente a ser indígena, de piel oscura y pobre. Causa y efecto se invierten y convergen en la auto-negación del colonizado:

En la medida en que los oprimidos aprenden a percibir la causa de su opresión en su propia inferioridad, su fuerza de resistencia se debilita. Bajo la presión de los prejuicios movilizadas en su contra, ellos mismos actúan en contra de su propio interés. (Zahar, 1974: 19 nt)

No podemos dejar de mencionar en este contexto, que entre los instrumentos que figuran en el arsenal de la deshumanización colonial con efectos socio-psicológicos vigentes hasta el día de hoy, figura la religión cristiana como factor crucial de la imposición cultural. En la secuencia: “descubrimiento”, colonización, cristianización, militarización y subyugación, la cristianización ha sido uno de los elementos más importantes para llevar a cabo con éxito el quebrantamiento de la identidad originaria de los pueblos colonizados. Este ejemplo lo traemos a la reflexión ya que entre los tantos legados nefastos del pasado colonial que se han empezado a criticar, especialmente en el marco del proceso de transformación social que vive Venezuela, nunca se menciona ni mucho menos se cuestiona la imposición forzada de la religión cristiana, ajena y extraña a los pueblos originarios, la que, condenando y descalificando las creencias y costumbres religiosas autóctonas como “paganas” y “bárbaras”, ha sido el arma principal para quebrantar la resistencia de aquellos contra el colonialismo. Fanon observa al respecto que “la Iglesia en las colonias es una Iglesia de blancos, una Iglesia de extranjeros. No llama al hombre colonizado al camino de Dios sino al camino del Blanco, del amo, del opresor” (Fanon, 1963: 36).

La alienación psicológica del colonizado que se expresa en la negación de su propia cultura y civilización por un lado, inducida por el colonizador, y en la asimilación forzada de una cultura ajena por otro lado, que no le deja alternativa sino convertirse en algo que no es ni nunca podrá ser, está acompañada de una alienación política, en cuanto que su condición psicológica le dificulta enormemente asumir las riendas de su destino, aun en pleno proceso de su lucha por la liberación. Al respecto y en el contexto latinoamericano, Simón Bolívar, en su *Discurso ante el Congreso de Angostura*, observó lo siguiente:

Las reliquias de la dominación Española permanecerán largo tiempo antes que llegemos a anonadarlas: el contagio de Despotismo ha impregnado nuestra atmósfera, y ni el fuego de la guerra, ni el específico de nuestras saludables Leyes han purificado el aire que respiramos. Nuestras manos ya están libres, y todavía nuestros corazones padecen de las dolencias de la servidumbre. El hombre, al perder la Libertad, decía Homero, pierde la mitad de su espíritu.” (Bolívar, 2007: 73)

Como víctimas de la imposición cultural y de la deshumanización en el marco del proceso de la colonización que ha encontrado su continuidad en el imperialismo, el neocolonialismo, el neoliberalismo y ahora en la globalización, los pueblos afectados han interiorizado - más bien en mayor que menor grado- los “valores” y la cultura de Occidente, lo que dificulta, y nos atrevemos a decir, hasta imposibilita el recurso a una originalidad que en todo caso les ha sido arrebatada históricamente. Imposición cultural implica que su víctima siempre se mide con una medida ajena, ya que su medida propia le ha sido negada, precisamente. La imposición cultural coloca a su víctima en una situación de constante comparación en la que la medida “ideal” -la del colonizador, impostor- nunca podrá ser alcanzado. (Piénsese por ejemplo en el concepto de “desarrollo” impuesto por Occidente, el que, aparte de ser inviable desde el punto de vista ecológico y humano, y aparte de ser la causa del subdesarrollo de vastas regiones de la Tierra, sigue siendo el “ideal” hasta para quienes han sido sus víctimas históricas). Es así como la única alternativa de vida, estilo, horizonte y cosmovisión que se le ofrece a la víctima de la imposición cultural le permanecerá cerrada al mismo tiempo.

Tan profundo es el legado de la imposición cultural de Occidente, del modo de producción capitalista desde sus inicios hasta hoy, que hasta en el momento preciso en que nos planteamos recurrir a una supuesta originalidad de nuestro pasado para construir la nueva sociedad y el hombre nuevo del futuro, nos atrapa lo ajeno, lo no-nuestro, lo otro, lo cultural e históricamente impuesto en una continuidad fatal de “lo mismo”.

Ejemplo de ello es la misma Revolución Bolivariana que en su afán de evitar la imitación de “modelos foráneos” recurre a ideas y figuras eminentes de la historia venezolana propia, esto es, al pensamiento y las experiencias de los próceres de la lucha de independencia venezolana y latinoamericana, quienes fueron, a su vez, portadores y defensores de los ideales de la Revolución Francesa y con ello de los ideales revolucionarios de la burguesía europea. ¡Otra vez Europa!, diría Frantz Fanon. Bolívar, Rodríguez, Miranda, Sucre, Zamora y demás héroes libertadores, hijos de su época, “importaron” de esta manera “elementos foráneos” que no nacían precisamente de una originalidad auténtica como lo fue por ejemplo la cosmovisión y organización social de los pueblos autóctonos del continente americano que se basaba en los principios de hermandad y solidaridad tal y como lo recordaba Aimé Césaire, quien,

por cierto, no tenía ilusiones acerca del carácter verdadero de la civilización europea, capitalista:

Una civilización que es incapaz de solventar los problemas causados por ella, es una civilización decadente. Una civilización que cierra los ojos ante sus problemas más decisivos, es una civilización enferma. Una civilización que socava sus propios principios con estratagemas, es una civilización moribunda. En todo caso, la denominada civilización “europea” u “occidental”, tal y como la han marcado dos siglos de dominio burgués, [es] incapaz de solventar los dos problemas más grandes causados por su existencia: el problema del proletariado y el problema colonial... (Césaire, 1968: 5 nt)

Con ello tocamos la problemática arrojada por nuestra tercera interrogante relacionada con el significado que puede tener el concepto “lo propio” o “lo nuestro” en una sociedad de clases, antagónicamente opuestas. La misma Revolución Francesa, que nuestros próceres venezolanos y latinoamericanos alabaron tanto y de cuyos ideales se impregnaron, nos puede servir de ejemplo para ilustrar el problema. La clase burguesa pretendió representar la causa de toda la humanidad cuando en realidad estaba propulsando sus propios intereses de clase, no sólo en contra del clero y de la nobleza del viejo modo de producción feudal, sino en contra del proletariado emergente, encima de cuyos hombros se edificaría el nuevo modo de producción capitalista-burgués. El lema “libertad, igualdad, fraternidad” que retumbó en todo el mundo parecía invocar a unos valores “universales” cuando en realidad, y como quedó demostrado en “dos siglos de dominio burgués”, expresó nada más que la libertad, igualdad y fraternidad de una clase social que fue y sigue siendo la dominante: *Libertad* para explotar a la fuerza de trabajo de los trabajadores en todo el mundo; *igualdad* de condiciones entre los miembros de la burguesía para competir por recursos y mercados y *fraternidad* entre sus miembros en aquellos momentos cuando el orden burgués establecido tambaleara corriendo peligro de derrumbarse.

Como nos recuerda Marx, las ideas dominantes de una época son siempre las ideas de la clase dominante, y en este sentido y mientras persista la sociedad de clases capitalista, establecida en todo el mundo, los conceptos dominantes tienen y tendrán inevitablemente este carácter de clase que limita su pretensión universal, no obstante la genialidad del disfraz. Bajo la óptica de Frantz Fanon en *Los Condenados de la Tierra*:

La burguesía, cuando es fuerte, cuando dispone del mundo en función de su poder, no vacila en afirmar ideas democráticas con pretensión universal. [...] La burguesía occidental, aunque fundamentalmente racista, consigue casi siempre disfrazar ese racismo multiplicando los matices, lo que le permite conservar intacta su proclamación de la eminente dignidad humana. (Fanon, 1963: 149)

No olvidemos que lo mismo que observa Fanon con respecto a la “situación colonial”, vale análogamente para la “situación del capital”, ya que son dos polos antagónicos que la determinan: el explotador y el explotado, o lo que es lo mismo, el capitalista y el trabajador, el que posee los medios de producción y el que no posee sino su mera fuerza de trabajo. La riqueza y el estatus privilegiado del primero se basan en la explotación económica y subordinación política de este último, quien resulta ser el verdadero *creador* del primero; es la misma situación que, en un nivel superior o internacional en este caso, han vivido los pueblos del Tercer Mundo o Humania del Sur. A decir de Fanon:

Durante siglos, los capitalistas se han comportado en el mundo subdesarrollado como verdaderos criminales de guerra. Las deportaciones, las matanzas, el trabajo forzado, la esclavitud han sido los principales medios utilizados por el capitalismo para aumentar sus reservas en oro y en diamantes, sus riquezas y para establecer su poder. [...] La riqueza de los países imperialistas es también nuestra riqueza. [...] Europa es, literalmente, la creación del Tercer Mundo. (Fanon, 1963: 92-94)

A manera de conclusión: ¿Qué nos queda por hacer?

He aquí entonces el legado de nuestro pasado que es, al mismo tiempo, el legado de un futuro todavía posible que se condensa en la problemática no resuelta del capitalismo globalizado y su necesaria superación. El colonialismo, el imperialismo, el neocolonialismo, el neoliberalismo y ahora la globalización, mediante una imposición cultural implacable que ha perdurado en el tiempo desde los inicios de la expansión del capitalismo europeo, han convertido a los pueblos del Sur – y por cierto, a gran parte de los propios integrantes del mundo metropolitano– en unos seres alienados, deshumanizados y desarraigados culturalmente. Se nos reclama y se nos niega a la vez la condición humana, la que solamente parecen disfrutar las clases dominantes tanteen

la metrópolis como en la periferia. Los “valores” de Occidente de carácter aparentemente universal, asimilados e interiorizados en todo el mundo como producto de su imposición cultural global, han resultado ser los valores de las clases dominantes, esto es, los intereses particulares de las burguesías metropolitanas y sus “sucursales” implantadas en la periferia del sistema mundial.

“Occidente”, más preciso, el capitalismo en su paso por el mundo, ha destruido las identidades originarias culturales que, en nuestro caso, fueron las de las civilizaciones americanas originarias, las mismas que nos ha hecho rechazar como inferiores, primitivas, rudimentarias o inclusive “bárbaras”, y nos ha impregnado con sus “valores”. En nuestro inconsciente colectivo pesa la imposición no reflexionada de esta cultura nefasta que nos determina como “humanos” sólo en cuanto tengamos un valor de uso, esto es, el de producir valor de cambio, el de producir plusvalía. Somos condenados a reproducirla y perpetuarla automáticamente si no tomamos conciencia originaria, radical y clasista.

Para todos aquéllos que luchamos hoy en Venezuela, en América Latina y en otros países y continentes del mundo por este “otro mundo” posible, por la emancipación humana y por la humanidad emancipada a escala global, la fórmula del éxito no es, ni podrá ser nunca, ni la aceptación de la imposición cultural, ni un retorno ciego a las cosmovisiones y formas de organización social de las civilizaciones originarias, precoloniales, a un “lo nuestro” estático del lejano pasado, ya que el regreso a un nivel cultural del pasado no constituye sino una regresión, como lo advierte el mismo Fanon. Jean Paul Sartre, en su prólogo a *Los Condenados de la Tierra*, nos da la clave: Recurramos, esto sí, a nuestra memoria histórica, a nuestra memoria humana, a los recuerdos imborrables de nuestra humanidad originaria y originalidad humana que ha sido violada tan brutalmente por la colonización, cristianización, “pacificación” y militarización de nuestros pueblos y continentes, y convirtámonos en nosotros mismos mediante la negación íntima y radical de lo que han hecho de nosotros. He aquí la clave del método: la negación.

Sólo mediante la negación del capitalismo real existente, negación que tiene que determinarse como *diferencia radical* por un lado e *indiferencia total* por otro lado, tal y como lo sugiere Fanon cuando hace su llamado a que dejemos de orientarnos en los “logros” y “valores” de Europa; sólo expresando nuestro más rotundo ¡no! a la explotación

económica, dominación política, militarización genocida, discriminación social y alienación humana podemos realizar un auténtico acto de creación de “lo nuestro”. De esta manera seremos los creadores de una originalidad auténtica y sobre todo dinámica, que corresponda plenamente a los retos de nuestros tiempos. De esta manera nos crearemos a nosotros mismos como mujeres y hombres nuevos.

Nuestra lucha contra la explotación, dominación, militarización, discriminación y alineación en todas sus formas y apariencias históricas desde la colonización hasta la globalización, y nuestra lucha contra la imposición cultural en todas sus manifestaciones, necesariamente tendrá que incluir la perspectiva naturalista, indigenista, tercermundista, clasista y también y por cierto, feminista. En cuanto a la relación que puede o debe existir entre la propia lucha y la cultura, podemos afirmar, parafraseando a Fanon:

¡Hagamos de la lucha organizada y consciente por la emancipación humana: la creación cultural y cultura creativa más plena que pueda existir!

Referencias

- Bolívar, Simón (2007). Discursos y Cartas. En: *Bolivarianismo y Socialismo*, Mérida-Venezuela: IMMECA.
- Césaire, Aimé (1968). *Über den Kolonialismus*. Berlin: Verlag Klaus Wagenbach,
- Fanon, Frantz (1963). *Los Condenados de La Tierra*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Fanon, Frantz (1967). *Black Skin, White Masks*, translated by Charles Lam Markmann, New York: Grove Press. (Citas seleccionadas disponibles en: <http://www.umass.edu/complit/aclanet/FanonBW.html>; revisado 24.10.07)
- Zahar, Renate (1974). *Colonialism and Alienation. Political Thoughts of Frantz Fanon*, Benin-Nigeria: Ethiope Publishing Corporation.